

Tulio M. Cestero

Rubén Darío

EL HOMBRE Y EL POETA



En la primavera de este año, recién muerto Rubén Darío, el poeta Osvaldo Basil, me regaló una fotografía hecha en Valldemosa. Luce en ella el hábito pardo de los hijos de San Bruno. La capucha vuelta. El tórax lacertoso, el cuello robusto, sostén de la cabeza de fauno, en cuyos rasgos resaltan las «gotas de indio chorotega o nagrandano, y de negro,» mezcladas a la española, «a pesar de sus manos de marqués», blancas y finas.

En la rútila isla mediterránea, el poeta era, en 1913, huésped de los señores de Sureda. Una tarde, en la cual contrito se prosternara ante el confesor, Basil, según escribe el propio Darío, se empeñó en vestirle de cartujo. «A los Sureda les supo bien la gracia y yo en verdad me sentía completamente cartujo, bajo el hábito que llevaba».

En sus últimos instantes, en León de Nicaragua, Rubén Darío recibió los auxilios de la religión; Cristo visitó su morada interior. A propósito de esa pos-

trera actitud del poeta, el celo confesional ha encendido disputas. Rubén Darío, siempre católico, apostólico y romano, mas no practicante, ni menos místico. Era, sí, sincero en sus creencias, con esa dualidad de pecado y fervor, que arrodilla a Rodrigo de Borgia, a los pies de Jesús, en el fresco vaticano de Pinturricchio

«Por influencia de mi tía Rita, comencé a frecuentar la casa de los Padres Jesuitas, en la iglesia de la Recolectión. Debo decir que desde niño se me infundió una gran religiosidad, religiosidad que llevaba a veces hasta la superstición. Cuando tronaba la tormenta y se ponía el cielo negro en aquellas tempestades únicas, como no he visto en parte alguna, sacaba mi tía abuela palmas benditas y hacía coronas para todos los de la casa; y todos coronados de palmas rezábamos en coro el trisagio y otras oraciones», cuenta en el libro de su Vida. Tales impresiones permanecieron indelebles en su ánimo. Educado en ambiente femenino, en regazo de beatas, se crió en él un espíritu medroso, igualmente pávido por los puños fornidos como ante el misterio, y, además, no tuvo en su infancia el calor de los maternos cuidados de tan benéfica y honda influencia en la sensibilidad. Apenas si a los cincuenta años, cuando recoge a sus memorias, evoca «a una señora delgada, de vivos y brillantes ojos negros—¿negros?—no lo puedo afirmar seguramente... Mas así la veo ahora en mi vago y como ensoñado recuerdo, blanca, de tupidos cabellos oscuros, alerta, risueña, bella».

En la casa colonial, «cuartos seguidos, un largo corredor, un patio, con su pozo, árboles», en cuyos aleros anidan las lechuzas, el niño Rubén, que a los tres años sabía leer, siente miedo en las noches. Le «contaban cuentos de ánimas en pena y aparecidos, los dos únicos sirvientes: la Serapia y el indio Goyo. Vivía aún la madre de mi tía abuela, una anciana, toda blanca por los años y atacada de un temblor continuo. Ella también me infundía miedos, me hablaba de un fraile sin cabeza, de una mano peluda, que perseguía, como una araña... Se me mostraba no lejos de mi casa, la ventana por donde, a la Juana Catina, mujer muy pecadora y loca de su cuerpo, se la habían llevado los demonios por el aire, que hacían un gran ruido y dejaban un hedor de azufre».

Tales visiones de imaginación entelerida subsistieron en él y se advierten en el íntimo escrutinio de su psicología, pueril y sencilla a las veces. Así, aquel perspicuo y vario espíritu, catador de todas las mieles de la vida, aleccionado por sus amarguras, curioso del más allá del bien y del mal, creía por igual: en los dogmas católicos, en la doctrina cristiana, en las verdades filosóficas, en la metempsicosis budista, en el eliseo pagano, en las prácticas maníqueas, en las ciencias ocultas de Stanisla de Guaita y en la dama blanca, la clueca con pollos y el clérigo bigardo, que según las consejas populares, pugnan al conticinio en grimosas callejas y plazuelas aldeanas. Jamás olvidaré esta escena. En París, de noche, en el número 4 de la

rue Herschel, cerca del atrio en donde impera el pensador de Rodín. Había acudido al incesante reclamo del poeta por la tercera vez en el día, para mediar en acre desavenencia doméstica. Darío, envuelto en una bata marrón, a cuadros, con aire de bonzo, al rescoldo de la chimenea, en la cual ardía el cock con llamas sangrientas. En el umbral, en vela en los lindes de la desesperanza, la paciente mujer que con devoción servil le acompañaba. Molesto, urgido también, pues iba camino de un baile de máscaras, aconsejé la reconciliación. Sus pupilas alucinadas por el alcohol fulguraron y con voz esotérica prorrumpió: «es muy buena, sí, pero tiene un gesto... un gesto, porque en otra vida, ella fué bruja y yo inquisidor, y la quemé...».

No era un místico, su religiosidad, su fe, no alcanzó nunca a la «unión con Dios». No hay en él, los sentimientos intensos y fecundos de Gabriel y Galán, el poeta que labrando la tierra castellana yergue la frente y topa con el cielo; ni como a Laurent Tailhade le seducen la pompa estética de las vidrieras góticas y de la liturgia romana; ni la ternura que en la adversidad de la cárcel belga pone en la canción de Verlaine a la Virgen ingenuo acento inimitable, aun cuando más tarde, libre, peque y se arrepienta, cada día, paralelamente; ni como Huyssaman, por crisis intelectual fermentada por atavismos flamencos llega hasta la heroica virtud del mártir nutrida en la lenta, suplicante agonía de su carne pútrida. Fué, como esos griegos decadentes de Alejandría, que a un tiempo mismo,

sacrificaron a Dyonisos y a Jesús. En dos de sus más bellos poemas se perpetúa esa doble actitud mental. «El Coloquio de los Centauros» y «Los motivos del Lobo».

En Valldemosa, entre cuyos pinos susurran aún los besos de Chopin y George Sand, tuvo Darío devaneos místicos: «vi el púlpito de San Pedro, en Roma, donde yo diría un rosario de plegarias que sería mi mejor obra y que abriría las divinas puertas confiadas a San Pedro». En sus buenos tiempos de prosador, él había imaginado a Castelar, fraile dominico, derramando su estupenda elocuencia desde la Catedral del Pescador. «Quimeras, polvo de oro de las alas de las rotas quimeras, ¿por qué no fui lo que yo quería ser, por qué no soy lo que mi alma llena de fe, pide, en supremos y ocultos éxtasis al buen Dios que me acompaña? En fin, acatemos la voluntad suprema». Y allí, en la tierra de maravilla en la que Lulio soñara el arte universal, él, entonó su letanía, impetrado de Dios: la muerte del orgullo perverso y de la carne maligna; la unción de la divina mano; oír la música teológica del cielo; darle al fauno que había en él, la ciencia que estremece las alas del ángel; exorcisar con la penitencia y la oración a las diablesas malas; ojos que no se gocen como los «de los sátiros locos medio chivos» con «redondeces de nieve y labios rojos»; boca de asceta, purificada por el fuego, de la gula «de hombre y de poeta», de los besos y del vino, manos disciplinantes y no las suyas de amante que acarician

las pomas del pecado»; sangre, sin ardor, que aquiete venas y sesos:

Y quedar libre de maldad y engaño,
Y sentir una mano que me empuja
A la cueva que acoge al ermitaño
O al silencio y la paz de la Cartuja.

Cuando Edmond Lepelletier, ensayó en un grueso volumen rehabilitar a Paul Verlaine, disfrazando de burgués el relapso parroquiano del café Vachett, Rubén Darío jubiloso le consagró una de sus correspondencias a «La Nación» de Buenos Aires. Gómez Carrillo, con visible intención contradictoria defendió en «El Liberal» de Madrid al Pauvre Lelian, vicioso y saturnino. A Darío le supo esto a diatriba. El poeta americano, tan gaudente, aspiraba a la plácida y regular existencia burguesa.

Quienes frecuentaron a Rubén Darío por los años de 1906 a 1912, podían fácilmente observar sus empeños de elegancia en el vestir, proyectos de brillante carrera de funcionario diplomático; de matrimonio de razón (había invocado demanda de divorcio), el deseo de adquirir por espontánea merced la ciudadanía argentina, y ciertos asomos de manía de grandezas, prontos a derrumbarse por el demonio alcohólico. Por entonces, invistió funciones de Secretario de la Delegación de Nicaragua en la Tercera Conferencia Pan-Americana de Río Janeiro; de Cónsul en París; de

Ministro en Madrid y Enviado Especial, cuando el festival centenario a Méjico.

Complaciáse en el comercio de los ricos, en ambientes de lujo. En la «Bodega», de la rue Rivoli, «aquí, solía prevenir, la propina es siempre blanca». En la «Tour d'Argent», encanto de gourmets, por el óptimo canneton a la rouanaise. En el comedor del Ritz y otros hoteles, con biografía, de la Place Vendome, en donde, Enrique Rodríguez Larreta, millonario, autor de «La Gloria de Don Ramiro» y Ministro de la República Argentina en Francia, le mostrara al hidalgo vienés que presume de haber asesinado al archiduque Leopoldo de Habsburgo.

Ningún ataque le mordió más cruelmente, que esta frase del escritor chileno Vicuña Subercaseaux, en libro publicado por aquellos mismos días: «es un gran poeta y un pobre hombre». Su hora venturosa fué sin duda, aquella en la cual desfilara por la Puerta del Sol, ceñido en el uniforme azul y oro, en la «carroza de París», el caballerizo al estribo, a la diestra del Conde de Pie de Concha, hacia el Palacio de Oriente, cuyos regios peldaños, ascendió titubeante, para presentar en la Antesala sus Credenciales de Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario a S. M. Don Alfonso XIII, Rey de España y Jerusalem.

* * *

En el admirable ensayo de José Enrique Rodó a propósito de «Prosas Profanas», se lee: «no es el poe-

ta de América» Es exacto; pero sin embargo, él inicia y representa un momento largo en la evolución de las letras americanas: el modernismo, período de transición, de reacción y de innovación al par. De éste arranca nuestro pensamiento independiente. Como él, en la febril incertidumbre de esa hora, poetas y escritores, desasidos de la realidad circunstante, cuya acción padecen mal su grado, peregrinan mentalmente por la Grecia de Pericles y la Francia de Versalles. Dos individualidades huellan poderosamente, influyen en la América continental e insular; Rubén Darío y Vargas Vila, y a ambos les es común el marchámo de exotismo.

En la última época, sin que su valimiento, en cuanto a poeta haya menguado, no es ya el caudillo. Las mentes americanas se emancipan y no es él su libertador. Hoy, está más cerca de los peninsulares que de la gente moza trasatlántica y mejor que la falda de la ingente montaña andina, sería paisaje propicio de su mármol las rosaledas del Buen Retiro, asilo antaño de amoríos reales.

Ramón Pérez de Ayala, poeta y escritor cimero en España, de enjundia y prestancia literarias, en capítulo de «La ofrenda de España a Rubén Darío», afirma: «Rubén Darío es el poeta más musical y el trovador más poético de cuantos han cantado en lengua castellana» «De las más de las poesías de Rubén Darío se puede asegurar que donde quiera que se reciten, han de cautivar como una música encantada, aun cuan-

do no las comprendan quienes las están oyendo . . . ».

«En cuanto a la métrica de Rubén Darío, su estudio exigiría demasiado espacio. Baste decir que no hay metro alguno de los empleados en la poesía castellana, desde sus orígenes, que Rubén Darío no haya conocido en su más secreto mecanismo y tratado en consecuencia con peregrina gracia e insuperable maestría».

El castellano en tierras de América sufre las transformaciones propias de los organismos vivientes. El clima lo macera; las hablas regnicolas y los aportes africanos lo adoban. Además, por la proximidad de otras lenguas se le incrustan términos expresivos de cosas, sentimientos e ideas nuevos. Nuestro castellano se diferencia del metropolitano, tan claramente, como el genio del hispanoamericano del genio del español. Palabras desaparecidas en España, existen frescas en esta orilla de la mar océano. El léxico enfático de los Carlos y Felipes, importado por el conquistador, es este mismo que pronunciamos con superior dulzura y escribimos con más flexibilidad y riqueza de matices; pero veta abundante de rancios vocablos permanecen inmóviles con su prosodia añeja, tal como cuando el indio o el negro los aprendieran en los labios del amo godo, y así, los arcaísmos usuales en Argentina son los mismos que sirven en su tráfico al campesino dominicano.

El latín vulgar que el soldado romano lleva a Hispania se ayunta con el vascuence vernáculo y procrea el romance, en el cual Berceo canta el «Sacrificio de

la Misa». Cuando el castellano posee lozanía y músculos, y el Arcipreste de Hita, lo maneja, rijo, recio, pujante, embalsamándolo en los terrones nativos, el latín muerto, abita la prosa pedante del «Tratado del arte del cortar del cuchillo» de Don Enrique Villena. El Marqués de Santillana, empingorotado lo desdeña, él que con brío esgrime el hierro, mas el Archipreste de Talavera pone olores de pueblo en la prosa galana, máscula, desgarrada de «El Corvacho». El messer de cleresía, fruto enteco, sin aroma ni miel, de la erudición reclusa, corresponde al casticismo académico de hoy, ciego y sordo a las palpitaciones de la vida, como si todas las aventuras espirituales, las sensaciones y emociones, estuviesen recolectas en las páginas de los clásicos.

En esta renovación del idioma, complemento necesario de la revolución emancipadora, Rubén Darío, que supo alumbrar en Berceo el metro autóctono y en el jardín de Góngora la palabra de oro, parte con su obra en verso y prosa, el campo; aunque no tan radicalmente, como si hubiese sentido y comprendido en toda su potencia la naturaleza y el hombre que en el continente y las islas combinan fuerzas e inteligencia, la América grávida de la más generosa civilización, que él, cantor oficial de la Argentina, su poema de mayor aliento, apreciara con infantiles ojos tímidos:

Tu India virgen y hermosa, de sangre cálida,
la perla de tus sueños, es una histérica
de convulsivos nervios y frente pálida.

.....

.....

Duelos, espantos, guerras, fiebre constante
en nuestra senda ha puesto la suerte triste

¡Cristóforo Colombo, pobre Almirante,
ruega a Dios por el mundo que descubriste!

* * *

Ya el laurel prospera en la tumba de Rubén Darío. En el curso de los días, a su sombra, medrara la personalidad del poeta, a quien por la técnica y la gracia, excelsas virtudes de arte, ni los más altos aventajan en el idioma de Castilla; pero a la vez, decrecerá el interés de su humanidad, ni abatida ni encumbrada por la energía o por cruentas tragedias.

«No cabe imaginar, dice Rodó, una individualidad literaria más ajena que esta a todo sentimiento de solidaridad social y a todo interés por lo que pasa en torno suyo». Estuvo exento de pasiones: ni el prójimo ni las cosas ni las ideas se le entrañaron. Ni siquiera afectos domésticos. El artista devoró al hombre. Tuvo imitadores, cortesanos, envidiosos, no amigos ni enemigos, ni menos verdaderos discípulos. No habría sabido,

como el maestro ateniense, moribundo, seguir el ritmo de la vida en la cabellera del discípulo juvenil.

Era un epicúreo, exprimía de lo bello y grato, carne venusina o copa de vino, las más armoniosas canciones. La crítica escardará su obra hasta escarmenar cuánto, de su sensibilidad e ideología, resta en la cultura de las nuevas generaciones de habla española de ambos mundos. Hace años, para modificar una observación más cerca de la vibrante sensualidad pagana en capítulo de «Peregrinaciones» acerca de Nápoles, Rubén Darío confesó, que éste había sido escrito por Amado Nervo, su camarada de romería partenopea, a la sazón de encontrarse Darío enfermo y urgido por sus deberes de corresponsal de «La Nación» de Buenos Aires. Consigno la noticia, pues vale para la inquisición erudita, cuyas malsinerías se placen en rastrear la colaboración de colegas amigos y de oscuros discípulos en obras famosas.

Rubén Darío, por el don lírico prodigioso, pudo ser un poeta mayor, en el sentido latino, de estro eterno, encarnación y voz de su gente, pero le faltó un amor: amor a Dios; amor a la patria; amores de hombre; siquiera una gran pasión carnal, exaltadora de ambiciones, fuente de dolor, para que su palabra, plena de música y color, repercutiera lacerante y formidable, por los siglos de los siglos.